

do de nuevo á su celda del piso bajo y privado de la autorización de fumar y pasear en el patio.

Diciendo esto desapareció.

Yo estaba en la triste situación de un muchacho cogido en falta. Estaba prohibido golpear el muro; pero experimentaba la necesidad de hablar, propia de los hombres, y me veía forzado á renunciar á la esperanza de saber por qué Kobiljanski había vuelto de Siberia.

Poco tiempo después de este acontecimiento, á una hora desacostumbrada, me trajeron mis vestidos. Creí que se trataba de un nuevo interrogatorio, pero vi aparecer al capitán de gendarmes que me acompañó de la estación á la fortaleza, y que mis maletas estaban preparadas.

—¿Vamos á Odesa?—pregunté.

El oficial no respondió nada.

—Me conducen á la estación—pensé yo, al encontrarme en el coche en compañía del capitán.

Este paseo se verificaba precisamente en una de esas *noches blancas* de Petersburgo, en las que es imposible distinguir si anochece ó aclara el alba. El tiempo era espléndido; me sentía halagado con la idea del viaje á Odesa. Pero el coche no tomó el camino de la estación y emprendió una dirección contraria.

Algunos minutos después nos encontrábamos en el patio de un gran edificio; era la prisión preventiva.

CAPÍTULO VII

**Una prisión con nuevo reglamento.—Un plan que fracasa.
—Visita del ministro.—Secreto de Estado.—Un escritor
como vecino de celda.**

Cuando el oficial de gendarmería me entregó en manos del director de la prisión, le mostró con el dedo un detalle escrito sobre el mandamiento de depósito. El funcionario fijó sobre mí la mirada penetrante; era evidente que se le recomendaba la mayor vigilancia á causa de mis antiguas evasiones.

Conocí en seguida que el reglamento de esta prisión era menos severo. Mis objetos personales fueron colocados en mi celda después de un nuevo registro, que se hizo delante de mí; cuando me quedé solo, miré si habían encontrado el dinero y las tijeras que tenía ocultos; á pesar de las rigurosas pesquisas hechas en la fortaleza y aquí, no las habían descubierto. Dejé las tijeras y resolví cambiar una parte de mis billetes alemanes para tener á mi disposición algún dinero. Pero la cosa no era fácil.

Comencé por observar á mis guardianes; había tres en el corredor sobre el cual daba mi celda. El más abordable me pareció ser el que había reconocido mis efectos, y resolví dirigirme á él.

Saqué mi dinero de la cartera y llamé al hombre á mi celda un día que estaba de servicio.

—¿Qué desea usted?—me preguntó entrando y cerrando la puerta tras de sí.

—¿Ha registrado usted bien mis equipajes ayer cuando me los ha traído?

—Perfectamente. ¿Qué sucede?—repuso alarmado.

—Nada. ¡Oh! nada de particular—repetí yo para tranquilizarlo.—Quiero sólo decirle que no ha sido muy sagaz en sus pesquisas. Mire usted este dinero. Estaba oculto en mis vestidos y no lo ha encontrado.

Y mientras hablaba así le mostré algunos billetes de banco.

—¡Imposible! ¡De todo punto imposible! Yo lo he revuelto todo y lo he registrado bien. ¿Dónde había usted ocultado ese dinero?

—Ese es mi secreto. Ahora présteme atención; he aquí un billete de banco alemán que vale cerca de cincuenta rublos. Tómelo usted y cuando no esté de servicio puede irlo á cambiar. La mitad será para usted y la otra para mí. ¿Entendido?

—Sí, yo lo haré.

Tomó el dinero y se alejó.

—Ha caído—pensaba yo acariciando nuevos proyectos. Sabía por una vieja experiencia que se pueden tener relaciones con el exterior. Varios revolucionarios habíamos comprado á los carceleros para cambiar las cartas. En el Sur de Kiew les llamamos «palomos mensajeros».

Cuando vi con qué facilidad aceptaba, decidí llevar más lejos la aventura.

—Dentro de algunos días—me dije—probaré á confiarle una carta para que la lleve al correo, después le encargaré algunas comisiones para

uno de mis amigos, y si todo marcha bien, ¿quién sabe? Puede ser que lleguemos á otra cosa...

Le había dado el billete al carcelero por la mañana, y todo el día fuí presa de una viva agitación. Mi hombre miraba de tiempo en tiempo á través de los hierros de la puerta, se sonreía y guiñaba el ojo, á lo que yo respondía de igual manera; pero he aquí que á la tarde entra en la celda y me devuelve mi billete de banco.

—Tómelo usted—me dijo; —lo he pensado bien, y esto ha terminado; no hace mucho tiempo se le encontraron á uno de mis colegas dos relojes que le habían confiado, y fué despedido. El servicio aquí no es malo, veinticinco rublos por mes; esto no se encuentra fácilmente; no, por cierto; yo haría mal exponiéndome. Tome usted su dinero... Tengo familia.

Naturalmente, yo no insistí; este hombre, falto de valor, no podía ser nunca un «palomo mensajero»; pero como no tenía medios de hacer cambiar secretamente mis billetes, le rogué que los llevase al director de la prisión y los dejara en depósito á mi nombre.

—Dígale que los ha encontrado usted registrando mis efectos—le dije.

—No, no, eso no puede ser; sería un complot de todos los diablos. Quiero mejor decir la verdad, que usted se los envía.

Así todos mis castillos en el aire se desvanecieron. Conservé los billetes sin que ninguna nueva pesquisa fuese hecha.

Algunos días después me devolvieron mis libros y se me concedió el permiso de usar la biblioteca de la prisión. Se comprende fácilmente con qué avidez me entregué á la lectura después de tan larga privación.

Desde varios puntos de vista me encontraba mejor en esta cárcel que en la fortaleza Pedro y Pablo; pero había una sombra en el cuadro, las celdas llenas de insectos y abrasadoras durante el verano.

El alimento era también menos abundante y menos sano que en la fortaleza; pero lo más penoso para mí lo constituía el paseo cotidiano.

Quien se represente un círculo gigantesco dividido en numerosas secciones con planchas que van del centro á la circunferencia como radios, podrá comprender los espacios en que nos obligaban á pasear individualmente, como bestias. No veíamos entre las planchas más que un pequeño pedazo de cielo. Un paseo de tres cuartos de hora en parecido antro no tenía nada de atrayente.

Contrastando con el silencio de muerte que reinaba en la fortaleza de Pedro y Pablo, aquí todo era extraordinariamente animado; por todas partes se escuchaban gritos y ruidos; todas las ventanas del corredor daban sobre la calle y los rumores de la vida pública penetraban en las celdas. Se escuchaba el rodar de los coches, las voces aturdidoras de los vendedores ó las dulces melodías de los músicos. Se formaba así la ilusión de estar libre; pero la vuelta á la realidad era más triste.

Un día noté insólita actividad en el corredor; se fregaba frotando y limpiando; parecía esperarse la visita de algún alto personaje.

En efecto, supimos bien pronto que el ministro de Justicia, Nabokoff, debía venir á inspeccionar la prisión.

No tardó en hacer su aparición en mi celda. Cuando supo mi nombre me saludó y me dijo:

—He leído su declaración y me ha parecido usted un hombre sincero; desearé que sea lo mismo cuando esté delante de los jueces.

Le respondí que diría siempre toda la verdad. Se alejó, pero antes de salir volvió de nuevo y me hizo algunas preguntas insignificantes en apariencia, pero que revelaban el deseo de hablar de otras cosas.

Mientras hablábamos se inclinaba un poco y se ponía la mano en la oreja como para hacer un pabellón. Me pareció sencillez y sin orgullo.

Entre los acompañantes se encontraba Kotljarewski; quedó un poco atrás, y así que el ministro se alejó me dijo que él tenía también que hablar. Al poco rato me condujeron á la pieza que servía de escuela en la prisión.

—Estoy aquí para comenzar un interrogatorio —me dijo,— pero desearía conversar sencillamente con usted para refrescar ciertos recuerdos.

Nos sentamos los dos sobre un mismo banco, y nuestra conversación se animó bien pronto. Le repetí la pregunta que le había hecho ya en nuestra primera entrevista, es decir, ¿por qué me habían conducido á la fortaleza de Pedro y Pablo?

—Hay en juego —me dijo— intereses de Estado de la más alta importancia. La cuestión es esta: si usted es juzgado por un tribunal ordinario y perseguido sólo por el atentado contra Gorinowich, se le condenará á ocho ó diez años de deportación en Siberia, y esto no se ve bien en ciertos círculos elevados.

—No puede ser de otro modo —exclamé yo sorprendido.— Alemania ha acordado mi extradición haciendo reservas expresivas.

—Sí, es cierto, pero somos ahora buenos amigos de Bismarck, y está siempre dispuesto á com-

placernos. Además, en caso de necesidad, nosotros podemos invocar que usted ha estado preso como reo de Estado después de su arresto primero. Hay un detalle que recuerdo: los alemanes nos han rémitido todas las notas que usted ha escrito en la prisión de Friburgo.

Me sentía trastornado; recordaba que, en efecto, para distraer el aburrimiento mortal de la prisión, había arrojado al azar en numerosas notas algunos de mis planes, pero no podía imaginar cómo esos manuscritos habían caído en manos del gobierno ruso. Sin duda registrarían mis papeles durante mis paseos, y ciertas hojas fueron enviadas á Rusia. Me parecía radicalmente imposible que se pudiera basar una acusación sobre tal hecho, violando así las bases de un tratado de extradición con Alemania, á lo que mi interlocutor dijo:

—Esté usted tranquilo; todo está previsto. Nada sería más fácil que obtener el consentimiento de Alemania. Otros, con menos delito que usted, Malinka, Drebsjasgin, Maidanski, han sido ejecutados hace largo tiempo. Ha escapado usted de la prisión después del atentado contra Gorinowitch; se ha mezclado en seguida en el complot de Tchigirin, con Stefanowitch; y todas esas historias, ¿no le valdrán más que algunos años de trabajos forzados? No, no; esto no sería lógico. Se ha celebrado un consejo en los *círculos elevados*; yo no he asistido á él, naturalmente, porque no me cuento todavía entre la administración superior, pero me han dicho lo sucedido. Al cabo todo el mundo ha estado de acuerdo en pedir el cambio del tratado de extradición concedido en presencia de usted, á fin de que pueda comparecer ante un tribunal de excepción. Ya puede usted su-

poner que ahora su proceso no será largo. Pero uno de esos altos personajes ha hecho la reflexión siguiente: «Sin duda la Alemania nos complacerá. ¿Pero hay una ventaja para nosotros? Hoy Deutsch está en nuestro poder; mañana podemos hacer en un país cualquiera una captura todavía más interesante, y entonces nos será mucho más difícil obtener la extradición de ese individuo; se dirá que la Rusia no respeta los tratados y nos arrojarán al rostro el ejemplo de Deutsch.» La mayoría se aparta de este modo de ver las cosas, pero nada se ha decidido aún, y he aquí por qué se condujo á usted á la fortaleza de Pedro y Pablo hasta que se tome un acuerdo.

Era posible que este hombre revelase así delante de mí un secreto de Estado para hacerme hablar ó tenía que haber un pensamiento oculto.

Hablamos de otras diferentes cosas y le hice notar que individuos completamente inofensivos habían sido condenados á penas terribles en las persecuciones políticas de Rusia.

—¿Qué quiere usted?—dijo él.—No se arranca un árbol sin hacer caer las hojas. Hasta los antiguos romanos conocían el proverbio «El soberano derecho va seguido siempre de la soberana injusticia.» Por mi parte, soy enemigo de la pena de muerte; creo que en un gran Estado los crímenes políticos son inevitables; en una población de muchos millones de habitantes debe haber algunos miles descontentos. Sin duda es preciso castigar á los conspiradores, pero un gobierno fuerte puede impedir sus planes sin necesidad de recurrir á la pena capital.

A propósito de esto me preguntó la fuerza que tenían los terroristas en Rusia; yo le respondí que

no sabía nada porque no pertenecía al partido terrorista, sino á la democracia social.

—Pero sin duda—dijo él—por *sus poderosos amigos* conocerá usted la fuerza de los terroristas. Creo que deben ser poco numerosos —añadió.

En aquella época había, en efecto, muy pocos terroristas en Rusia, pero yo no quería dejar creer á Kotljarewski que no teníamos *poderosos amigos*. Le respondí que podía haber en Rusia muchos millares de terroristas.

—Lo creo imposible; cuento todo lo más algunos centenares. En los últimos tiempos se han hecho arrestos en masa.

Había entonces, es decir, durante el verano de 1884, en las prisiones preventivas un número considerable de personas que habían sido arrestadas por diferentes *delitos de Estado*. Uno de estos *delitos*, que había provocado en Petersburgo, en Moscou y en muchas pequeñas ciudades, hasta en la misma Siberia, numerosas prisiones, era lo que mi interlocutor llamaba el «asunto de los calzones viejos». A instancias mías me refirió lo que sabía á propósito de esta importante cuestión de Estado.

En una de sus pesquisas domiciliarias, la policía, descubrió un papel en el cual estaban escritos los nombres de las personas que asistían á los prisioneros políticos y les daban trajes, ropa interior y otros objetos. A causa de esto un número incalculable de encarcelaciones se habían efectuado, y se había instruído un voluminoso proceso contra la sociedad secreta conocida con el nombre de «La Cruz Roja de la Narodnaja Volja». A este propósito Kotljarewski hizo algunas acertadas observaciones.

—La gendarmería — dijo — suele no proceder

siempre con buen sentido en su afán de descubrir conspiraciones. ¡Extraño complot es este que sólo trata de dar á los prisioneros algunos vestidos viejos! Por eso yo le llamo irónicamente el «asunto de los calzones viejos». Entre los numerosos prisioneros que fueron complicados en este proceso á propósito de los *calzones*, había en aquellos momentos en la prisión un gran número de escritores bien conocidos, tales como Protopopoff, Kriwenko, Stanjukowitch y Erthel.

Protopopoff era mi vecino de celda, y no tardamos en tocar el uno y el otro contra el muro.

Evidentemente había al principio alguna desconfianza de su parte, porque así que yo le dije mi nombre cesó en el momento de contestarme.

Buscaba en vano la razón de su silencio; transcurrieron varios días; le sentía ir y venir por su celda; escuchaba el eco de su voz cuando hablaba con el carcelero, pero mis signos quedaban siempre sin respuesta. Concluí por creer que temía ser sorprendido por el personal de la prisión, numeroso y vigilante.

Al cabo de cierto tiempo comenzó sus signos.

—¿Por qué me oculta usted su nombre?—me preguntaba.

Le respondí al momento que se lo había dicho desde el principio, y se lo repetí otra vez.

—Yo había tomado á usted por un espía, porque no pude descifrar su nombre; pensé que tocaba mal de expofeso, para ocultarme quién era.

A partir de este momento conversamos con frecuencia. Teníamos amigos comunes y nos conocíamos bien el uno al otro.

Naturalmente deseábamos vernos, y para conseguirlo recurrimos á la estratagema siguiente:

Las ventanas del quinto piso, donde se encon-

traban nuestras celdas, se verían desde *el parque de las bestias*, es decir, el lugar donde paseábamos, y convinimos en que cada uno de nosotros, en fechas determinadas, renunciaría á su paseo y nos arreglaríamos para que el que quedase en la celda pudiese reconocer al que estaba en el patio. De esta manera pudimos ver recíprocamente nuestros rostros. Nos faltaba sólo conocer la voz, y hallamos el medio bien pronto. Sabíamos que en las prisiones no sólo se conversa, sino que se hacen pasar objetos de unos á otros por medio de los tubos que conducen el agua. Estos tubos están dispuestos de manera que no solamente las dos celdas vecinas pueden comunicar entre ellas, sino también todas las celdas que están situadas encima y debajo.

De suerte que doce prisioneros pueden ponerse en relaciones y formar su *club*. Nosotros combinamos lo siguiente: vaciábamos á un mismo tiempo en nuestras celdas el agua de *toilette*; de este modo se desocupaban los tubos y nos servíamos de ellos como de un tubo acústico; mientras nosotros hablábamos, los water-closets estaban abiertos; podíamos reconocer perfectamente nuestras voces de celda á celda, y gracias al agua corriente se evitaba el mal olor.

CAPÍTULO VIII

**Nuevos temores.—El coronel de gendarmería.—Investigaciones á propósito del asesinato del general Mezenzeff.
—Encuentro con Bogdanowitch.—Partida.**

Durante mi prisión en Petersburgo me sentía más tranquilo que antes. En la cárcel de Friburgo estaba en un perpetuo estado de excitación; aspiraba á la libertad y esperaba obtenerla; en la fortaleza de Pedro y Pablo me sentía cerca de la desesperación. Ahora todo me era indiferente: hasta diez ó quince años de trabajos forzados en Siberia, todo me era igual. El porvenir no existía para mí, mi vida había terminado. Es duro resignarse con este pensamiento cuando uno se siente fuerte y con buena salud, pero era preciso. Muchas veces, sin embargo, rayos de esperanza, sueños de felicidad inesperada me hacían estremecer; rechazaba inmediatamente estas imágenes engañadoras, porque en la prisión de Friburgo había experimentado una decepción demasiado dolorosa para volver á abrigar ilusiones.

—¡Loco—me decía;—la fortuna te jugará otra mala pasada!

Y me habituaba á no esperar nada más que lo que lógicamente había de llegar.

Dos semanas habían transcurrido desde que estaba en la nueva prisión sin que me interroga-

ran una sola vez; no sabía qué pensar y me decía con inquietud:

—Puede que en los *círculos superiores* hayan encontrado el medio de tratarme como un reo de Estado.

Hablé de ello con Kotljarewski.

—¿Por qué no me toman declaración?—le dije.
—¿Por qué no me conducen á Odesa?

Estaba seguro de que sucedía algo extraño.

—Prepárese usted inmediatamente; vienen á buscarlo—me dijo mi carcelero una hermosa mañana de Julio.

Era en el preciso momento que volvía de mi paseo por el parque, y estaba de buen humor.

Un coche de viaje me esperaba en la puerta de la cárcel: subí á él acompañado de un gendarme sin saber adónde me conducían.

Esta incertidumbre, aunque duró poco, excitó mis nervios.

Cerca de media hora después el coche se detuvo en un patio y me condujeron á una celda, donde apenas penetraba la luz por los vidrios pintados de blanco. Empecé á pasear agitado y observé que un oficial me miraba atentamente al través de la cerradura.

—¿Se puede pasar?—dijo entreabriendo la puerta.

—¡Extraña pregunta!—respondi;—está usted en su casa.

Se abrió la puerta, y un joven, con uniforme de coronel de gendarmes, entró sonriendo con aire amable.

—Permítame usted que me presente—dijo:—coronel Iwanoff.

Y me hizo un saludo.

—No comprendo lo que me sucede—le repuse.

—¿Quiere usted tener la bondad de decirme dónde me encuentro y por qué me han traído aquí?

—Está usted en el despacho central de la gendarmería, donde se le va á interrogar; lo conducirán pronto delante del procurador. En cuanto á mí, sería muy dichoso de conversar con usted y refrescar viejos recuerdos; tenemos numerosos conocidos comunes.

—¡Cómo es esto!—exclamé sorprendido.

—¡Oh!—dijo él riendo;—no hay en Rusia un hombre inteligente que no conozca su nombre de usted.

Este señor se burlaba, sin duda, de mí y de las personas inteligentes ó pertenecía á la parte de la sociedad rusa que en esta época buscaba el modo de defenderse en los periódicos contra la corriente reaccionaria y llamaban á los revolucionarios *los intelectuales*.

—Sí, sí—continuó el coronel;—tenemos muchos conocidos comunes: he conocido á sus amigos Malinca, Drebjangin y Maidanski; era yo entonces ayudante de gendarmería en Odesa y los he tratado allí. ¡Ah, verdaderamente eran hombres notables!

Comprendí entonces por qué este hombre, tan joven aún, era ya coronel de gendarmes en la capital. Los grandes procesos de 1879 80 dieron ocasión de distinguirse á muchos oficiales de gendarmería. La vida y la libertad de los reos de Estado eran el secreto de sus ascensos. Sin duda, mi interlocutor había representado un importante papel en las condenas de muerte y de trabajos forzados que sufrieron mis amigos; y tenía el cinismo de elogiarlos. Tal vez fuese él quien, con ocasión del tratado de Kurizin, tendió el lazo en que cayeron numerosas víctimas.

Una conversación con este amable coronel no era de mi gusto, y vi con placer que venían á buscarme. Me condujeron á una pieza confortable, donde el procurador Kotljarewski estaba sentado en un sillón delante de una gran mesa y hojeaba diversos papeles.

—He aquí los documentos que conciernen á usted—me dijo, y los empezó á leer.

De todo aquello resultaba que la viuda del barón Henking, ayudante de gendarmería que había sido asesinado, vió en los alrededores de la casa del general Mezenzeff dos jóvenes que parecían espiarla.

La baronesa pretendía haberme reconocido en uno de esos dos jóvenes.

Al día siguiente nos había visto de nuevo, mientras se paseaba con su primo el barón de Berg; una carta del barón confirmaba lo dicho por la dama.

Había sido esto en los años 1878-79, cuando mi nombre preocupaba á un gran número de individuos que me hubiesen querido presentar como instigador y cómplice de todos los delitos políticos que se cometían en los diversos puntos de Rusia.

Estas fantasías encontraron también acogida en la prensa, y yo era como una especie de Fray Diablo. Así es que en 25 de Mayo de 1878, mientras que yo estaba preso, fué asesinado un rico propietario de Kiew. Se trataba de un crimen seguido de robo; á la noche siguiente el barón Henking fué muerto de un tiro de fusil; mis compañeros y yo no escapamos de la cárcel hasta la noche del 27 al 28 de Mayo. ¡Algunos días después, los diarios decían que, en opinión de las personas más perspicaces, estos dos crímenes habían sido cometidos por mí! Hubiera sido preciso para eso

dejar la prisión dos noches seguidas para asesinar á dos personas y tornar de nuevo á ella.

La leyenda de mi participación en el atentado contra el general Mazenzeff no tenía mejor fundamento.

Cuando el procurador me hubo leído todos los papeles, me preguntó qué tenía que decir.

—Me parece—le respondí—que el gobierno no renuncia á complicarme en todos los asuntos que no están especificados en el tratado de extradición. Yo me niego á responder á toda pregunta que no esté fundada en una acusación precisa.

—Bien; puesto que usted se niega á esclarecer esto, lo dejaremos á un lado—respondió con aire tranquilo.

Y separó los documentos.

—Debo decirle —continuó—que no doy crédito á los cargos de estas dos personas. Creo estar seguro de que se encontraba usted en el extranjero cuando la muerte de Mezenzeff.

Le respondí afirmativamente. Me pareció que tendría un gran placer en arrancarme algunas declaraciones respecto á este particular; pero empezó á hablarme de cosas indiferentes y me pidió algunas noticias de nuestra propaganda socialista.

Le cité algunos títulos de obras, y me confesó que nuestra literatura le era completamente desconocida.

Mientras hablábamos de esta suerte, apareció bruscamente en una estancia vecina M. Bogdanowitch, el mismo que me había reconocido en Friburgo: me saludó y tomó asiento delante de la mesa. Yo lo vi sin la menor animosidad, como si nuestro primer encuentro no hubiera sido una catástrofe para mí.

—Dígame usted—preguntó volviéndose hacia

mí,—¿cuándo lo he visto yo en Kiew? Hace ya tanto tiempo, que no lo recuerdo bien.

Afirmaba riendo que me había visto una vez en la prisión, pero yo adiviné en su acento que no era verdad y que me reconoció en Friburgo sólo por las descripciones que de mí le habían hecho. A mi vez, yo tenía curiosidad de saber qué pensaban de mí las autoridades de Badén.

—Supieron—me dijo—que usted no es Buligin algunas semanas antes de su extradición, y entonces redoblaron la vigilancia y hasta colocaron un centinela en la puerta de la celda. El nombre de Deutsch les fué revelado diez días antes de mi llegada.

Me expliqué entonces por qué me habían cambiado de celda y por qué el procurador von Berg me negó la autorización de hablar en ruso con mis visitantes.

Pregunté al procurador si comparecería pronto ante el tribunal competente, pero no me dió una respuesta categórica.

Esta fué la última vez que lo vi. Más tarde supe en Siberia por los camaradas que este señor había empleado en los procesos políticos medios innobles, los cuales le atraieron el odio de todos los perseguidos, y hasta sus mismos jefes encontraron demasiado fantásticas sus investigaciones y lo separaron de la instrucción de los procesos de Estado.

Pero el exceso de celo le favoreció en su carrera; algunos años después era presidente de la Audiencia de Wilna. A la hora actual no sé dónde se encuentra.

Después de este último interrogatorio, me convencí cada vez más de que el gobierno no renunciaba á buscar el medio de complicarme en otros

crímenes, además del atentado contra Gorinowitch. Cada mañana me preguntaba si vendrían á someterme á nuevo interrogatorio del mismo género; pero los días fueron pasando y las cosas seguían en el mismo estado.

Julio y Agosto transcurrieron; yo estaba siempre en la misma celda; pero un día, hácia fines de Agosto, los gendarmes aparecieron de nuevo y recibí orden de prepararme para un viaje. Se había decidido, al fin, conducirme á Odesa.

Mientras que el coche corría á través de las calles, yo me despedía con pena de esta querida ciudad de Petersburgo, que no esperaba volver á ver jamás.